

FRANZ TOUSSAINT
EL JARDÍN DE LAS CARICIAS

Traducción de Pedro Ángel Almeida

LOS PECHOS, LOS OJOS Y EL PELO

Más blancos y más henchidos de tesoros que las tiendas de un emir, tus pechos, amada mía, son las tiendas de mi amor. Cuando, a mediodía, escondo mi cara entre tu pelo, buscando tu mirada, tus ojos son las dos estrellas que iluminan mi noche perfumada. Si un día me enterase de que otro ha dormido en tu pelo y que tus ojos han iluminado la cara de ese maldito, no sacaría mi puñal, ni compraría veneno, sino que silbando llamaría a mis galgos... Iría a cazar una gacela, la cubriría con tus collares y la lanzaría a un abismo.

ANTORCHA

He bruñido tu cuerpo con tantas caricias, que ahora parece la piedra sagrada de El Djouf, que tantos labios han besado.

Puede apagarse el Sol y caer la Luna; él me inundará de luz.

BATALLA

Habíamos agotado las palabras de amor.

El silencio reinaba entre nosotros lo mismo que en las filas de dos ejércitos que van a entablar batalla.

Libramos la batalla del amor. El ruido de los sables era el de nuestros besos, los suspiros de los heridos eran nuestros jadeos, el estrépito de los carros sonaba en nuestras arterias...

Y yo te apretaba contra mí, como a un estandarte hecho jirones.

SU SONRISA

Cuando le doy las gracias, ella se limita a sonreír, con los ojos bajos. ¿Qué puedo esperar de un amor tan dudoso? Ella conoce el poder de su sonrisa. ¿Cómo ocultarle que la amo?

Tú eres mi universo, con colinas y jardines, con fuentes y cosechas. Querría tener mil bocas. Querría no necesitar dormir nunca. Sin embargo, ¿no soy yo el viajero que se queda dormido cada noche bajo las sombras perfumadas?

Tú eres mi universo, con colinas y jardines, con fuentes y cosechas. Cuando tu aliento pasa sobre mi cara, pienso en las brisas de Hiyaz, que han deshojado innumerables rosas.

Mis halcones enflaquecen en sus perchas, mis caballos pierden la costumbre del bocado, el resplandor de mis armas se apaga... ¿Qué importa? ¡El brillo de tus mejillas es similar al corazón sangrante de las granadas; tu vientre es más flexible que la espalda de mis corceles; tus besos son halcones siempre insatisfechos!

Extendido sobre las suaves colinas de tu cuerpo, bebo en la fuente de tu boca abrazando mi cosecha.

EL SUEÑO DE LAS PALOMAS

Esta noche unas palomas se han posado en el cedro.

Después de dudarlo mucho tiempo, se arremolinaron bajo el árbol solitario.

Ahora se están durmiendo. Como cada noche, en la cima de la rama más alta, cantará un ruiseñor.

Así acuno a veces tu sueño con palabras de amor...

Creo que es el mismo instinto el que guía a las palomas y a las jóvenes hacia los jardines donde cantan los ruiseñores.

LA HORA TRANQUILA

Esta es la hora tranquila en que los rebaños se encaminan hacia los pozos.
Yo espero a mi amada, tendido sobre las almohadas que guardan la huella de su cuerpo.
Como señal, he dejado sobre la ventana un vaso con el tallo de una rosa.
Esta rosa destaca en la cumbre de una colina azul.

TÚ

Tu pelo, que es el estandarte de mi amor.
Tu frente, tibia y bombeada como una cazoleta.
Tus ojos, acostados en tu rostro.
Tus labios, las puertas del Jardín.
Tus dientes, entre tus labios, como nieve sobre la púrpura.
Tu lengua, madurada por mi boca.
Tu cuello, una columna de marfil.
Tus hombros, lisos como el brocal de un pozo.
Tus brazos, que serán dos llamas alrededor de mi cuerpo.
Tus pechos, que brotan para entregarse.
Tu vientre, plaza de mármol.
Tus piernas, unidas como dos corderos temblorosos.
Tus pies, que han franqueado el suelo de mi casa, y que yo pongo sobre mi frente.

EL CANTO DE LOS GUERREROS

Venimos de las grandes arenas, donde nace el simún. Nuestros caballos hundían sus rodillas en oro. Los astros, enormes como frutos, nos indicaban por la noche nuestra ruta.

Venimos de las grandes arenas, donde nacen los leones. Por el día nuestros escudos eran soles en marcha. Por la noche, nuestras lanzas florecían de estrellas. A nuestros compañeros caídos, los sepultábamos de pie, con la cara hacia Occidente.

Venimos de las grandes arenas, donde nacieron los faraones, y sus mausoleos no nos han hecho volver la cabeza.

Venimos de las grandes arenas, donde verdean oasis más hermosos que los jardines del Paraíso, y sus delicias no nos han retenido.

Venimos de las grandes arenas, donde se oye la voz de Dios.

BAILARINA DESNUDA

Estaba erguida, con las manos en la nuca. Cuando evoco su belleza, el corazón se me sube a la garganta.

Había bailado algunas danzas de su tribu: la danza del Sol, vertiginosa; la danza de la Luna, mesurada; la danza de la Muerte, inmóvil. Pero no había bailado la danza del Amor.

El Sol con su cortejo de alegrías, la Luna con su cortejo de melancolías, y la Muerte con su cortejo de dolores habían danzado ante nosotros. El Amor esperaba que cubriésemos de rosas la alfombra de su celebrante.

Dos niños llegaron a despojarla de sus velos, y ella despidió a los músicos.

Primero danzó con sus ojos y con sus párpados alados de pestañas. En el hueco de sus palmas, su cabeza pesaba como el mundo.

Finalmente, un encanto iluminó su rostro. Dio tres pasos con la espalda arqueada y las manos abiertas, en una resolución apasionada...

Luego, de repente, se enderezó, ofreciéndonos sus manos, que habían apresado el perfume de las rosas.

VICTORIA

Ella me dijo: “¿Qué has hecho tú para merecer poseerme?”

Su pelo se derramaba sobre sus hombros y sus manos me rechazaban.

Volvió a decirme: “¿Ignoras que el amor es un combate? Tú, el más valeroso de los hombres, ¿aceptarías vencer sin haber librado batalla?”

Sonrió con desdén y retrocedió hacia las sombras. Sus ojos se encontraron con los míos, y mi corazón tuvo un escalofrío.

Ella continuó: “¿Qué has hecho tú para merecer que yo me abandone en tus brazos? ¿Ignoras que el portaestandarte es siempre un guerrero esforzado? Tú, que has recibido más heridas que Dhal, la pantera encantada, temerías los tormentos del amor?”

Tomé suavemente sus manos y murmuré: “Tal vez...”

El crepúsculo comenzaba. ¿Se escondía el Sol, celoso porque ella había consentido mostrárseme desnuda?

Ella dejó sus manos en las mías y repitió: “¿Qué has hecho tú para merecer poseerme?” ¿Qué podía responder? ¿No sabía ella que yo iba a quedar victorioso?

A lo lejos, en la llanura, un pastor rezagado cantaba una alegre canción. Yo le dije: “Escucha”.

RECUERDO

Corriendo, mis amigos trajeron tu cuerpo.

¡Messaouda! ¡Messaouda! Cuando descubrieron tu rostro, volviste a ver, por última vez, la fuente junto a la que te conocí y el jardín que aquel día nos acogió.

Era una mañana del año nuevo. Unas palomas venían a posarse sobre las guirnaldas de pámpanos que flotaban entre los árboles. ¿Tus ojos habían hecho ya florecer los jazmines?

Revoloteaban mariposas entre sus hojas, y nos rodeaba un olor a miel.

Sobre el minarete de la mezquita , un muecín celebraba las glorias de Dios.

Corriendo, mis amigos trajeron tu cuerpo.

Cada mañana iré a sentarme sobre tu tumba, por entre las plañideras.

EL MERCADER DE PERFUMES

Pretendes que Karoun y que Balkis no posean perfumes más suaves que los tuyos.
Pretendes que los jardines de Marib no exhalen olores más penetrantes.

Yo no conocía a Karoun ni a Balkis, ni he paseado por los jardines de Marib, pero he respirado el perfume de mi amada.

Ahora mi amada bebe las aguas sagradas de El Koussar, mi amada ha regresado a Dios, y yo busco su perfume.

Se lo he pedido al viento del Sur, que seca los oasis; al viento del Norte, que acaricia las flores de las montañas. Se lo he pedido al aliento de la primavera.

¡Pero el aliento de la primavera no acarrea suficientes aromas, el viento del Norte no ha acariciado los pechos de mi amada, y el viento del sur no ha enredado su pelo!

Mercader de perfumes, no me muestres tus tarros.

EL DESTINO

El amor de la mujer es la sombra de una palmera sobre la arena.

El amor del hombre es el único viento que puede destrozar la palmera y fijar así su sombra.

¡Messaouda! En la noche de tu sepulcro, acuérdate del jardín solitario al que un día te llevé.

Era un jardín entre murallas tan altas que las cimas de los árboles no las sobrepasaban.

Era un jardín engastado en las murallas blancas, como una esmeralda escondida en una flor de magnolia.

¡Messaouda! Acuérdate de la mañana apacible en que tú te inclinaste bajo mi amor, como una palmera bajo el simún.

Pero, a fuerza de soplar, el simún cubre de arena la rama que rompió...

¡Oh, mi alta palmera, que la arena del cementerio sea leve sobre tu sepulcro!

ESPEJISMO

Me había dormido, y soñé que una caravana extenuada atravesaba el desierto, por donde yo la guiaba.

Y que un fabuloso espejismo surgía ante nosotros, y que ese espejismo eras tú misma, con los lagos de tus ojos y los jardines de tu cuerpo.

Y que tú te lanzabas hacia mí, y que mis compañeros, desesperados, se echaban al suelo para morir.

Acabo de pronunciar tu nombre, para continuar con este sueño... ¡Ay! Nunca se ve dos veces el mismo espejismo.

MÚSICOS

Sentado en un rincón oscuro del zoco, escuchaba a los músicos de Debila.

Antes, mi amada recorrió este país. Antes, mi amada escuchó cantar a las flautas y resonar los tabales de Debila.

Ahora, ya lo he dicho, mi amada ha regresado a Dios, y yo la busco en la música que ella prefería.

Si preguntase a los músicos de Debila, ¿se acordarían de haber visto pasar a Messouda por los jardines de su país? ¿Me dirían que su música es desgarradora solo porque Messauda no volverá a pasear por los jardines de Debila?

Ellos tocaban, con los párpados cerrados, la cabeza entornada, como doblados bajo un beso profundo, doloroso, encarnizado...

No les preguntaré si han conocido a mi amada, porque no se pregunta a los ruiseñores del mes de Rebi el-Aouel si cantan para la noche embalsamada o para las estrellas extinguidas.

EL VIGILANTE

Es el asta de este rígido estandarte: su alboroz al viento.

¡Alerta!

Una mancha, allí abajo, sobre el oro vibrante de las arenas...

RESPUESTA

Me reprochas que no te ame...

¿Encontraría yo mis rosas más perfumadas si mis ojos se llenasen de lágrimas cada vez que las huelo? ¿Serían más resplandecientes si no pudiese cogerlas sin recitarles poemas?

¿Acaso la lluvia pide a la tierra que se estremezca de amor, o le pide la luna al desierto que la recompense por iluminar su superficie?

CORAZÓN SANGRANTE

¡Te has reído de mis lágrimas! Debes saber que eres la primera delante de la que he llorado.

Disfruta de tu triunfo, no pierdas un instante, porque, esta noche, penetraré en tu cuarto, alumbrado por mi puñal, y, al alba, echaré tu corazón a los cuervos.

Habrá palpitado en mi mano: el agua de mi fuente la purificará.

Habrá ensuciado la arena: el viento borrará su rastro.

¡Negros cuervos, acudid desde el horizonte a los despojos de un corazón de mujer! Os lo lanzaré, tras haber encerrado en él mi alma.

DESCONOCIDA

Me agrada fijar este recuerdo, mientras aún piensas en mí, ciertamente.

¡Ya que no he conseguido hablarte, ya que la multitud nos ha separado, quiero, en estos versos, agradecerte la embriaguez que me has proporcionado, querida desconocida!

Sin duda no volveré a verte. La felicidad está hoy aquí; mañana estará en otra parte. El que la busca, jamás la encuentra. Esta noche se ha detenido en Irchad. Cuando yo llegué, ya había cien personas alrededor del narrador.. ¿Por qué preferí sentarme al sol antes que a la sombra? ¿porque tú estabas delante de mí?

Hasta el momento en que rocé tu brazo, puedo repetir lo que dijo el narrador. Las aventuras de Antar terminaron para mí cuando tu primer estremecimiento respondió a mi tímida caricia.

No he tenido en absoluto la audacia de Hadid con las mujeres. ¿Es acaso cruel la abeja con el jazmín?

Yo acababa de rozar tu brazo... Tú te volviste suavemente, y vi tu rostro. Tus ojos entre tus pestañas eran como un río de fuego bajo las ramas. Me animé. ¿Adivinaste que no era solo mi deseo lo que vibraba contra tu carne?

Mi corazón acariciaba al tuyo, y mi alma a tu alma palpitante.

Como un jinete refrena el brío de un corcel fogoso, yo reprimía el impulso que me arrastraba hacia ti; lo que comencé como un contacto imperioso acababa en un roce imperceptible.

Anchos escalofríos hacían ondular tus hombros. El misterio y el peligro se sumaban a tu voluptuosidad. Tú te entregabas toda.

Y yo me digo con amargura que tú me has proporcionado esta embriaguez sin conocerme, y que otro cualquiera hubiera podido obtener esta dicha.

ESCOLARES

En cuclillas en el corazón de la mezquita, los niños repiten los versículos del Libro.
¿Recordarán, más adelante, que Mahma les acaba de enviar higos y agua de nieve?

OLVIDO

A la mañana siguiente de aquel día que yo creía inolvidable, respiré tu perfume en un velo que tú olvidaste sobre mi alfombra, y fue como si no tuviese más que pronunciar tu nombre para que te arrojases en mis brazos. No me atrevía a volverme. Te veía sentada en mi cama, esperándome.

A la mañana siguiente de aquel día que tu perfume me había evocado tu presencia, me di cuenta al besar tu velo de que ese aroma se perdía. Esta vez te busqué en mi cuarto. A la mañana siguiente tu perfume ya no estaba en el velo, y el recuerdo del día que yo creía inolvidable ya no estaba en mi corazón.

CORDURA

Su sombra era una seda violeta sobre la arena, Yo la rogué que se detuviese, para besar aquella seda, y ella me respondió: “Solo es la sombra de una mujer”.

Yo le dije: “Es la sombra de una mujer a la que amo y a la que no puedo besar los labios. ¡Deja que besé su sombra sobre esta arena que tiene su mismo calor!”.

Ella respondió otra vez: “Esta arena es menos cálida que mis labios, y solo besarías arena. ¡Besa mis labios, amado mío!”.

Me fui sin besar sus labios, porque ya no los deseaba.

RAMILLETES

Selima hacía un ramillete de flores de melocotonero. Un vejete que pasaba le dijo:

—¿No sabes que esas flores se habrían convertido en frutos?.

Unos días después, una mañana, Selima se dio cuenta de que, en un jardín, el mismo viejo cogía para Zarifah ramas de manzano.

—¿Qué? —le gritó—. ¿No sabes que estas flores se habrían convertido en frutos?

—Lo dudo —respondió el viejo—, porque los jardineros aseguran que esta noche va a helar.

Habéis adivinado lo bella que era Zarifah.

FALTA DE ROSAS

Detengámonos. Quiero sentarme bajo el árbol donde estaba sentado el día que la vi. Después de eso ¡cuántas veces he recitado los versos de Fadl El Haguir!

“Ella tiene el soplo de una rama de sauce su mirada embriaga como el vino. ¡Mi corazón es su prisionero! Cuando pasa una bella joven, me acuerdo de Ella y sufro. Solo es feliz quien bebe su saliva por la mañana y por la noche...”

Mucho tiempo despues volvimos a encontrarnos. Aquel día puse unas rosas sobre sus rodillas, que le dijeron mi amor.

¡Ay. Nuestra dicha fue tan breve como una noche de primavera!

¿Ves? No era necesario poner en tu cintura las rosas de la terraza... Pensando en ti, recitaré de nuevo los versos de Fadl El Haguiri.

AVES MIGRATORIAS

A la entrada del invierno, cruce el cielo el vuelo de las aves. Entonces nos entristecemos. Pero Dios ha dado al hombre el recuerdo y la esperanza. ¡Alabado sea Dios!

¡Oh, murallas de Damar, me escondo para lloraros! ¡Oh, hermanos míos, que nuestro alejamiento no os acarree males semejantes a los que agobiaron al pueblo de Noé, al pueblo de Houd, al pueblo de Saleh!

EL SUEÑO DE LOS GALGOS

A la sombra aguda del ciprés, mis dos galgos duermen como flechas en un carcaj.
Cierra la puerta con cuidado y ven a acariciarlos: tu mano traerá a sus sueños el frescor
de un arroyo del Líbano.

BÁLSAMO

Ella me dijo: “Solo provoco tus celos para asegurarme de que me amas”.
De esa forma, a veces, para hacerme olvidar lo que he sufrido por causa de sus mordeduras, ella besa las medias lunas rosas que sus dientes han grabado en mi carne.

ALFARERO

Inclinado sobre el torno como un amante se inclina sobre la alfombra en la que descansa su amada, el alfarero contempló la arcilla, y su ojos se iluminaron.

Estrechando su abrazo poco a poco, acarició primero la pella, que se contrajo como un torso al que recorre un largo beso.

Bajo un último frotamiento, la arcilla se afinó y yo admiré la urna que acababa de surgir, semejante a tu cuerpo cuando te yergues en nuestro lecho, extática y desnuda.

SOBRE EL DESEO

No cojas la granada que te parece más hermosa.

No codicies las riquezas que no sepas hacer fructificar.

No acaricies a la mujer que no sepa entregarse a ti.

Corre hacia lo que te parezca un espejismo: puedes encontrar una realidad.

SOBRE EL AMOR

No dejes dormir al halcón que hayas adiestrado.
No lances tu caballo al galope sin haberlo hecho trotar.
No hagas pacer a tu camello más que en la linde del oasis.
Y nunca digas a una mujer que la amas.

SOBRE EL SILENCIO

No pregantes al mendigo que te pide limosna.

No cuestiones a la mujer que, soñando, ha pronunciado palabras de amor.

No respondas al que insulta a tu enemigo.

Nunca digas “¡qué silencio!”. Di : “no oigo nada”.

SOBRE LA MUERTE

La gacela herida llora cuando sabe que va a morir.
Cuando una antorcha va a apagarse, su llama se vuelve apacible.
Y tú ¿en qué momento tienes conciencia de tu destino?
¿Cuando lloras, cuando sonrías?

MI MANO, SELLO TEMBLOROSO...

Mi mano, sello tembloroso, lo recubría todo entero.

Ella dijo: "Mi cuerpo es tu oasis y Él es el arroyo en el que te bañas cuando has caminado por tu oasis. Es un pebetero. Es un pozo con el brocal caliente por el sol. Es una granada hendida. Es una gruta llena de tesoros.

Mis pechos son tus jarros de marfil y mis ojos son tus joyas. Mis orejas son tus conchas y mis brazos son tu collar.

Pero Él es una boca cerrada y su beso puede hacer morir.

Es como el fruto púrpura del *ghedma*, que hiere con heridas de fuego y que sume en una melancolía indecible.

¡Es como el fruto púrpura del *ghedma*, que vuelve loco a quien ha herido!

DESPUÉS

Ella se había dormido en mis brazos. Para protegerla del fresco de la noche, yo había extendido suavemente su pelo sobre sus pechos.
En la hierba, alrededor de nosotros, los insectos reemprendían uno a uno su música.
A esa hora, las madres acunaban también a su hijas...

EL ADIÓS

Cuando, para hacerme ese gesto, pasaste la mano a través de la reja de tu ventana, toda la vida de mi cuerpo se detuvo.

Ni la flor de la magnolia, ni la nieve de la montaña, ni el mármol, ni el jazmín son más blancos que tus dedos, donde brillan tus uñas como llamas.

A mis compañeros, que se sorprendieron al sentir un olor delicioso, les dije: “Es el brazo de mi amada, las rosas de sus uñas han perfumado la plaza... ¡Que la bendición de Dios baje a la morada donde mi amada está presa!”

Mis compañeros entristecieron y mi caballo se puso a relinchar, porque el aroma del brazo de mi amada le recordaba el perfume de las grandes llanuras que hay más allá del mar.

NUESTRO BANCO

Ella me dijo que me esperaría en esta morada donde tanto nos amamos...

Yo no volví.

Cuando pases por la ruta de Dar Ould Zidah, detente ante un jardín que custodian dos cipreses, y grita su nombre.

Si nadie responde, empuja la puerta, entra y da un poco de agua a los rosales que circundan un banco de mármol.

LA BAILARINA DE LAS ANTORCHAS

Cantaré la famosa jornada de Ehrab, durante la cual, por la ruta de los Sables, innumerables guerreros de nuestra tribu se encaminaron hacia los Jardines de los Bienaventurados.

Le fue narrada al padre de mi padre por un antepasado de Taleb Ebn el Hamza. ¡Que vuestros hijos puedan conocerla!

Cantaré la famosa jornada de Ehrab. A la hora de las primeras estrellas, Dios nos concedió el éxito, y nuestros estandartes flamearon sobre las murallas de la ciudad. Infatigables cosechadores de victorias, nuestros guerreros esperaban la orden para atacar la otra ciudad. Era una noche semejante a la que siguió a la batalla de Bedr. Más muertos y moribundos cubrían las inmediaciones de las cisternas que lirios hay en el Jardín de los Bienaventurados.

Celebraré el nombre de la mujer de gran corazón que tuvo el magnífico propósito de hacer participar a los agonizantes de la alegría del triunfo. Gracias a ella, los heridos murieron sonriendo, y otros olvidaron sus sufrimientos.

Se llamaba Djahila. Era una de las bailarinas sagradas que los habitantes de Ehrab entretenían en el templo de Thagout.

¿No sabéis que las rosas más brillantes florecen a veces en medio de los cardos?

Les dijeron: “¿Queréis huir o sufrir nuestra Ley?”. Ellas respondieron: “Ya que Thagout nos ha abandonado, sufriremos vuestra Ley”.

Djahila se adelantó y dijo: “Esta noche, mis compañeras danzarán para los guerreros que vengan aquí a celebrar su victoria, pero yo quiero danzar para los que han caído alrededor de las cisternas”.

Ella partió, precedida de portadores de antorchas, ¡y los heridos creyeron que salía el sol!

NO HE DEJADO TRASLUCIR NADA...

No he dejado traslucir nada del sufrimiento que me ha causado esta noticia. Más aún, he conseguido hacer reír al amigo que me la comunicó, al amigo que se hubiera entristecido conmigo. Tengo la seguridad de que él no duda de que mi corazón se ha desgarrado.

Las lágrimas no resucitan al que ha muerto, pero, si su rocío te tranquiliza, escóndete para llorar.

No he dejado traslucir nada del sufrimiento que me ha causado esta noticia. Se trataba de una mujer que me amó sin decírmelo y hacia la cual yo nunca me hubiera atrevido a alzar los ojos.

BAÑO

Con las cejas levantadas y la boca abierta, veías cómo huía con la corriente del río tu vestido, que yo te había quitado.

Yo pasaba por la orilla y te grité: “¡Salud, hija de Bakili. Que la felicidad sea contigo!”.

Tú me respondiste: “¿Cómo voy a ser feliz? Mira mi vestido en la corriente...”.

El poeta sabe aprovechar las circunstancias, y yo le dije: “Hija de Bakili, tu juventud es semejante a tu vestido en la corriente: Se aleja de ti cada día, y tú no puedes retenerla. No te quedes mirándola marcharse. Ven bajo esta sombra... Yo te haré un vestido de caricias”.

MOHGREG

¡Que la hora de la oración quinta, oh hermano, te encuentre limpio de todas las faltas de la jornada! A la hora de la oración quinta, ¡que la paz de Dios descienda sobre tu alma, como el silencio desciende sobre el campo, y que tu alma se sumerja en él!

Puesto en pie y mirando hacia la Kaaba, antes de las cuatro inclinaciones, ¡que tu meditación sea como las llamas de los fuegos de campaña que el viento no fustiga! ¡Que tu meditación suba desde las brasas encendidas en tu alma!

El nómada que reza en el desierto, el hombre que reza en su morada o en la mezquita, todos tus hermanos, oh hermano mío, a la hora del Mohgreb, agradecen al Señor haber querido que su alma tenga la incandescencia del occidente en el cielo.

Para hacer la oración quinta, he elegido un lugar desde donde veo colinas que tienen la curvatura de las dunas de Tadjer-Saad.

En nuestra patria, cuando se apaga la luz del día, las dunas tienen reflejos más dorados, los cipreses se yerguen más negros, y las voces de los muecines suenan más claras.

Antes del Mohgreb, ofrezco al Señor mi nostalgia, digo al Señor mi esperanza de oír aún a los muecines de mi país, de volver a ver las líneas puras de sus cipreses y los reflejos dorados de sus dunas.

A la hora de la oración quinta, ¡que la paz de Dios descienda sobre tu alma!

PUÑALES

El que brilla al alegre sol de las batallas
El del asesino, manchado de sangre.
Y tu mirada.

¿PARA QUÉ?

¿Para qué precipitarse sobre el oleaje del mar tumultuoso, para qué viajar por tierra?
El agua de una fuente puede apaciguar tu sed, y la carne de unos dátiles ser suficiente para tu hambre.

Si te has quedado sin oro en tus cofres, el de las estrellas abunda en el firmamento, y ninguna mano lo ha ensuciado.

Si el amor ha huido de tu morada, no envíes a nadie en su busca. Conténtate con recordar su rostro rojo, que no reconocerías si lo vieras colgado de tu hombro. ¿La sombra proyectada por un ciprés es inmutable?

Somos hijos de los muertos. ¿Para qué intentamos rehusar el vino que ellos bebieron, y, cuando aceptamos, para qué exigimos que el más bello de los escanciadores sostenga la copa?

Nunca abras una puerta que te sea imposible cerrar.

Todas las cosas, cuando nacen, son menudas, y luego crecen; excepto la desgracia, que al principio es enorme, y luego disminuye.

Day Eddin Obaid recogía tubérculos bajo la nieve del monte Chabrah, y Amr Ebn El Khoulthoum no encontraba más que amargura en los más ricos frutos de los huertos de Damasco...

Los tubérculos de Obaid no tenían ningún perfume, y los frutos de Khoulthoum pedían prestada su amargura a la hiel que destilaba su boca.

Uno y otro ignoraban que el viento de la adversidad nunca sopla en el reino de la Cordura.

MI CABALLO

Te he alimentado con cebada escogida por dedos blancos de mujer. El agua que bebías tenía la transparencia del aire. Tus bocados eran de plata pura, y los más nobles versículos del Libro estaban bordados sobre el tapiz de tu montura.

Tu grupa era tan suave al acariciarla como el hombro de una joven.

Tu crin era tan sedosa como una melena.

¡Oh, mi valeroso compañero, me has hecho triunfar en todas las batallas y, cuando acudía a una cita amorosa, adelantabas a las golondrinas!

Vas a morir. Tu cabeza se desploma, tus ojos se oscurecen.

No volveré a verte encabritado como una llama sobre el zócalo rojo del desierto.

LA REALIDAD

Un jardinero de Okadh, llamado Abdallah El Samar, decidió hacer nacer bajo el cielo de Hdjaz algunas de las flores maravillosas que Chaeb Kiazim, el viajero, había admirado en el reino de Sennaquerib.

Rogó a Chaeb que le describiese con detalle la forma y los matices de aquellas flores, y se puso manos a la obra.

Pasaron tres años. Un día, en la plaza del mercado, Abdallah anunció que en su jardín se podían ver unas flores singulares y magníficas.

Fueron acudiendo numerosos curiosos. Por fin Abdallah recibió la visita de Chaeb Kiazim. Éste convino en que aquellas flores eran parecidas a las que perfumaban los jardines de una ciudad, de la cual no pronunció el nombre.

Abdallah, lejos de pensar que su amigo podía estar perdiendo la vista, o que su bondad natural le inclinaba a la indulgencia, sintió una gran alegría, y se decidió a ir a comparar sus flores con sus hermanas del misterioso país.

Una mañana, tres jóvenes de Mossoul encontraron en un jardín de su ciudad el cadáver de un extranjero que se había clavado su puñal.

SUS OJOS

Algunas veces, por divertirme, la contrarío. Enseguida, ella se pone de codos, con el puño en la mejilla, desafiante.

Se podrían oír los golpes de sus pestañas...

Bajo sus párpados azules, de sus ojos solo se ve un destello horizontal y fascinante.

LA SERPIENTE

Estaba sentada en mis rodillas. Yo deslicé mi mano bajo su vestido. Con voz indiferente, le hablaba de los rebaños, de los ágiles perros, de los pastos. Sus piernas eran lisas y firmes.

Por fin, pareció darse cuenta de que la estaba acariciando.

—¡Hay una serpiente bajo mi vestido! —dijo riendo.

—Claro —le dije—. La estoy buscando...

LA JOVEN Y EL CIEGO

Un lince pasaría a tu lado sin verte, porque tú sabes volverte invisible incluso al más atento.

Pero no has engañado al ciego que mendiga en la plaza de la Mezquita Verde. Ha gritado a tu paso:

–¡Amina, eres la más hermosa!

–Dime, ciego, ¿cómo puedes saber si soy bella? –le has respondido–. Olvidas que, si estuvieses ahora en un jardín de rosas, solo podrías decir: “Aquí hay flores que perfuman como las rosas”.

–¡Amina, eres la más hermosa! –gritó de nuevo–. He comprobado, cuando tú pasas, la alegría del viajero que escucha el rumor de una fuente. ¡Cómo será la dicha de aquel a quien tú amas, y de quien te ve noche y día, incluso cuando no estás!

–¡Ciego –le has respondido otra vez–, tú que no has sabido cerrar lo suficiente tus párpados para impedir que la luna vierta su veneno en tus pupilas, cierra mejor tu alma a los pensamientos sospechosos!

Sin embargo, amada mía, tú me sonreíste por encima del murete de la Mezquita Verde.

HAIAT EZZAOUJDJIN

Por entre los lirios con los que los tirso anuncian el renacimiento del amor, Farid y Namah se pasean, sin cruzarse una palabra ni una mirada.

Van así, codo con codo, por la vida. Día a día, los ojos de Namah se apagan, sus mejillas palidecen.

Imagino que esta joven, por la noche, debe escuchar con placer el lento trabajo de la muerte en el cuerpo del viejo.

Pero, al amanecer, cuando por fin ella se duerme y él se inclina sobre su cabeza, ¿proseguirá el trabajo del bicho que picotea su cerebro, corroa y desata los hilos de su sueño?

HECHICEROS

Se atraviesan las mejillas y las manos en un delirio sagrado. Exclaman palabras desconocidas, que un tocador de *darbuka* repite martilleando su instrumento. Una espuma espesa supura de su boca y sus ojos tienen el brillo de los tizones. Sobre uno u otro pie, dan vueltas, infatigables, estos posesos. Dicen que pueden hacer brotar una fuente de la arena más árida, y obligar a parir a una virgen...

Ignoro si estos hombres tienen tal poder. Pero lo que sí sé bien es que mi amada, la pura Khalila, dio a luz una niñita redonda, algunos meses después de la noche que yo tuve la dicha de encontrarla junto a las murallas, cuando admiraba a aquellos frenéticos danzantes.

EL PRIMER BESO

Ella estaba en pie ante mí. La miré hasta el alma y la agarré por las muñecas.
Cerrando los ojos, me ofreció su cara.

¿El viajero exhausto se conforma con los frutos, cuando tiene cerca una fuente?
Finalmente, nuestros labios se unieron. Y todo su cuerpo, contra el mío, no fue más que
una boca.

DESESPERACIÓN

¿Quieres mi corazón? Ya no lo tengo. Tú sabes quién me lo robó.

¿Quieres mi alma? Ya no la tengo. Pídesela al Ángel Negro.

Te daré mis cuatro puñales para que me claves a tu puerta, pero ¡déjame decirte mi amor!

–Ya que vas a morir, ¿qué haré con tu amor?

–Una canción para cantarla sobre mi tumba.

LA VENGANZA DEL GRILLO

Yo le digo que los grillos son inofensivos y ella se empeña en acorralar a todos los que oye en mi jardín.

Esa noche, ella se había dormido al pie del cedro. Un grillo, al que yo observaba, fue a acurrucarse entre su pelo y se puso a cantar.

Pequeño grillo, ¿les has contado ya a tus hermanos que el pelo de mi amada es más perfumado que la hierba bajo los nardos?

GENEROVIDAD

Saíd se casó con una viuda llamada Hanifa, cuyo carácter se había vuelto detestable. Sin venir a cuento, hablaba siempre de los méritos de Osman, su primer marido. Saíd, humillado, sufría en silencio.

Una noche que dormían juntos en una estrecha terraza sin antepecho, Hanifa comenzó a soñar en voz alta. Pronunció el nombre de Osmán. Suspiraba y le agradecía sus caricias. De repente, Saíd empujó con violencia a su mujer, que fue a caer, dando gritos, en una mata de cactus. Hecho esto, volvió a dormirse.

Al amanecer, Hanifa corrió a casa del cadí.

—Venerable cadí —declaró—, esta noche, mi marido, el traidor Saíd, ha intentado matarme. Yo estaba durmiendo en nuestra terraza, cuando me arrojó al vacío. Exijo que lo encierren en prisión.

El viejo hizo llamar a Saíd y le preguntó:

—¿Por qué has arrojado a tu mujer desde lo alto de la terraza?

—Venerable cadí —respondió Saíd—, esto es lo que sucedió: estábamos durmiendo en esa terraza, donde ya dos personas están a disgusto, y Hanifa soñó con su primer marido. Ella le hablaba, él la acariciaba... ¿No es cierto, Hanifa?

—Lo admito —murmuró la demandante.

—El bienaventurado Osmán estaba acostado entre nosotros. De repente, me di cuenta de que él ocupaba un pequeño espacio en la estera, y empujé a mi mujer. Ella se cayó, lo lamento, pero Osmán pudo dormir.

CLARO DE LUNA

En un jardín bañado por la luna, se dibuja la sombra negra de un olivo.

Sobre la pálida mejilla de una joven, un amante posa su boca.

La sombra del olivo va rodeando el jardín. La boca del amante recorre el rostro de la joven.

NAOUMA

Cuando el solador ajusta sus mosaicos, mira a los curiosos con desconfianza.

Cuando el jardinero trasplanta sus jacintos, echa a los niños de su jardín.

Cuando el tejedor prepara el lino y los colores, se encierra en su casa.

Pero tú permites que se vean tus ojos, tus dientes y tu pelo. Ninguna joven ha podido robarte tu secreto.

LAS PLAÑIDERAS

Cada mañana, cuando voy al cementerio, se detienen ante las moradas donde la muerte ha encerrado recientemente a alguien.

Les dan higos, dátiles y huevos. Los más pobres les dan una rama de jazmín.

Ellas permanecen sentadas sobre las tumbas. Algunas amamantan a su hijo; otras trenzan cestos de mimbre; otras no hacen más que charlar.

De repente, la más vieja lanza un largo grito. Entonces se cubren la cabeza y dan horribles aullidos. A una nueva señal, reemprenden sus tareas y sus parloteos.

Sahaddah es la más joven y bonita de entre esas plañideras. A veces también les dan un cordero. Yo me casaría con ella. Debe ser callada.

Y si yo muero antes, sus lamentos no le costarán nada a mi padre.

LA RANA Y EL VERANO

Una noche le dijo una rana al verano:

–¡Señor, no tengas prisa para ceder tu reino al invierno! ¿Acaso has hecho nacer las rosas para dejarlas al alcance de su mortal ataque?

–Perdóname –le respondió el verano–. Ignoraba que tú apreciases la belleza de las rosas...

–En verdad –repuso la rana–, las flores apenas me interesan, pero, cuando tú te vayas, yo ya no podré anunciar a los enamorados que la suave noche desciende...

–A la vez que tú –señaló el verano–, un murciélagos ha venido a pedirme que prolongue mi estancia. Me ha confesado que en invierno los insectos nocturnos son escasos.

EL MENDIGO

Si estáis hartos de ser amados por vuestras riquezas, enfundaos una chilaba parda con rayas negras y salid de noche.

Vuestro corazón podrá ser como los incensarios que los mendigos agitan en las plazas, podrá cantar tiernas canciones; ninguna mujer le dará limosna de amor. Todas pasarán diciendo: “¡Ni hablar! Este pobre desgraciado no tiene ni siquiera babuchas...”.

Que el rico se disfraze una noche con una chilaba parda. Dichoso de él si, al volver a su morada, encuentra en ella a una amante que le hubiera dado limosna de amor si no hubiera tenido babuchas...

SUEÑO

Zaina estaba sentada a la orilla de un arroyo. Kerim, que pasaba por allí, le preguntó:

—¿En qué piensas?

—En nada importante —contestó Zaina.

Kerim sonrió malévolamente y dijo:

—O sea, que piensas en tu marido...

—¿Mi marido? —repitió Zaina, distraída. Está dormido tras este matorral...

Sin vacilar, Kerim avanzó hacia Ghalib, le despertó y le dijo:

—He estado hablando de ti con Zaina...

—¡Qué coincidencia! —gritó Ghalib, frotándose los ojos. Cuando me has zarandeado, estaba soñando que yo hablaba de ti con una joven que estaba sentada junto a la fuente S'badda.

—¿Qué me cuentas? —dijo Kerim con satisfacción.

Y Ghalib terminó:

—Yo le pregunté: “¿En qué piensas?”. Ella respondió: “En nada”. Así que, como puedes adivinar, querido Kerim, lamenté mucho que esa joven se atreviese a llamarte por ese sobrenombre que tan poco mereces, y le iba a reprochar su impertinencia cuando me has despertado.

BESO EN LA NOCHE

Tomé tu cabeza entre mis manos, como una urna, y derramé el licor del amor. ¿Quién hubiera pensado que una urna tan pequeña contuviese tanto licor?
La aurora chorreaba ya en el cielo cuando nuestras bocas se separaron.

EL SUEÑO DE LOS HALCONES

Hartos de azul, duermen. La sangre mancha aún sus picos, y sus garras estrechan los barrotes de marfil.
Así duermes tú algunas veces, saciada de amor, con la boca herida y los brazos anudados alrededor de mi cuerpo.

SU CORAZÓN

Las palmeras que ondean en la tormenta están celosa de su esbeltez, y las estrellas están celosas de las dos estrellas que alumbran desde el fondo del pozo cuando ella se inclina para sacar agua.

Su tez tiene el color del huevo del aveSTRUZ. Sus dientes son pétalos alineados del lirio de los valles. Su lengua es un pájaro en una jaula perfumada. Sus brazos tienen los reflejos de la nieve bañada de aurora. Sus uñas son capullos de rosas, y las rosas de sus pechos hacen palidecer a la púrpura del *hidjab*.

Para crear a mi amada, Dios agotó todos sus tesoros y, cuando pensó en su corazón, no le quedaba más que un hueso de dátil.

Cuando me enterréis, rogad a Zohra que os entregue ese hueso de dátil, y sembradlo no lejos de mi tumba: de él nacerá una palmera que me recordará la esbeltez de mi amada. Pero, si me tocase a mí sepultar a Zohra, haría crecer un áloe junto a su tumba, para que las espinas de esta planta le recordasen lo que me ha hecho sufrir.

EL ADIÓS DE LOS GUERREROS

¡Que los pastores se queden soñando entre sus rebaños, en las brisas de las montañas!
¡Que los labradores sigan inclinados sobre sus surcos! ¡Que las jóvenes se queden junto a las fuentes y que nuestras queridas esposas continúen haciendo girar sus husos! La bendición del Señor se extenderá sobre nuestros campos.

Si partimos en medio del día, es con el fin de poder, desde lo alto de las dunas, abrazar con una larga mirada el país que nos vimos obligados a abandonar. Más de un corazón se desgarrará, más de un guerrero se demorará contemplando una sola tienda, pero el aliento de Dios secará sus lágrimas.

El Señor nos acompaña.

¡Pastores, en la brisa de las cumbres, Él hará pasar para vosotros el olor de las comarcas lejanas a donde llevaremos, como a rebaños, a los pueblos vencidos!

¡Labradores, sobre vuestros campos, Él enviará la lluvia bienhechora, porque nuestra sangre habrá inundado el campo de los infieles!

¡Muchachas, cuando la música de las fuentes os hable de amor, vuestros amantes, inclinados sobre otras fuentes, pronunciarán vuestros nombres!

¡Esposas, queridas, guardianas de las tiendas, cuando no distingáis de nosotros más que un resplandor, que vuestros ojos se iluminen como el cielo se inflama al caer el sol!

IMÁGENES

Un gallo que canta, un caballo que piafa, un gato que vuelve: el amanecer.

Un lirio que se inclina, un limón que cae, un árbol que se rompe: el mediodía.

Arenas que azulean, humaredas que se elevan, amantes que se encuentran: la noche.

TORMENTO DE AMOR

¿Dices que Zilah no te ama? De nada te sirve desesperarte y llamar a la muerte. Si por ventura la muerte respondiese a tu llamada, sabes que buscarías la forma de volverte atrás de tu decisión. ¿Zilah no te ama? Tanto mejor, pues te permite compartir su lecho y gozar de ella a tu gusto. ¡Insensato! Zilah te prodiga rosas desprovistas de sus espinas, ¿y tú querrías sus zarzas? Si ella llegase a amarte como tú deseas, volverías a hablarme de morir, y entonces yo tal vez te escucharía.

DESEO Y PLACER

El deseo y el placer son hermanos ardientes. El deseo, coronado de flores sombrías. El placer, coronado de flores brillantes.

El deseo, con su mirar agudo, sus labios apretados, sus manos que buscan.

El placer, con su mirada húmeda, sus labios abiertos, sus manos que sujetan.

Me acuerdo de un adolescente esbelto como un sable, bello como la victoria. Recuerdo sus músculos vigorosos, su ancho pecho y sus ojos incendiados. Una noche sin luna, vagaba silencioso como el deseo, concentrado como el odio.

Me acuerdo de una joven clara que se ofrecía al viento de la mañana, en una azotea de Aleppo. Recuerdo su cabeza ladeada, sus dientes luminosos. Era silenciosa como el deseo, pero se extendía como el amor.

LA TUMBA DE ANTAR

Nadie sabe dónde descansa Antar, el esposo de la victoria. Nadie sabe dónde quedarían colgadas sus armas.

Sobre la más alta duna del Bediet Es Cham, su sepulcro rodeado de azul, servirá tal vez de retiro al águila; o tal vez se halle su mausoleo en Djezireh, la región de las buenas aguas, hundido entre las flores.

Los recitadores que cuentan sus hechos y que siguen a las caravanas, tal vez busquen su tumba.

Yo la vi una noche, en sueños. Estaba en la llanura de Oneissa, no lejos de la casa de Abla.

Como un estandarte, una palmera, sola, la señalaba.

LUZ LEJANA

Esta lágrima caída de una estrella brilla en la cima de la colina que protege tu casa.
¡Oh, Aziza, eres la antorcha cegadora que ilumina mi noche! ¡Oh, Aziza, contemplo
esta gota de fuego en la cima de la colina y me pongo a pensar!
Todo el olor del desierto sube desde una caravana acurrucada en el sitio de los aljibes, y
una flauta salvaje hace soñar a los camelleros
Me dormiré con la cara vuelta hacia la luz que brilla en la cima de la colina, como un
viajero espera el amanecer para vislumbrar un lugar venerado.

CIGARRAS

Las cigarras de esta tierra son tan ruidosas como las del valle de Hedjr.

Ayer, a la hora de la oración tercera, pasando cerca de un arbusto en el que se cobijaba un enjambre, mi compañero me dijo:

—Cantan, pero están dormidas. Ningún alboroto puede despertarlas ni interrumpir su música. Intenta hacer ruido: no se callarán. Incluso una tempestad las deja indiferentes.

¿No envidias a estos insectos que se embriagan hasta ese punto con su propio canto?

Me cuidé de hacer observar a mi amigo que las cigalas posiblemente son sordas.

LA ESPERA

Más roja que la flor del *akhouan*, el sol descendía por detrás de los campos. Era la hora convenida. Trabé mi caballo. Me senté.

¡Llegaste tú, Fátima! Y yo me estremecí, como el que está dormido y es sorprendido por la aurora.

TRIUNFO

Vi en tus ojos el asombro de las vírgenes...

Besé tu sonrisa.

PRODIGIO

En una comarca tórrida y caótica, en la región maldita de Safarah, nuestros guerreros conocieron por vez primera el horror de la derrota.

Durante la noche, gracias a una traición, los idólatras nos habían atacado con furia. Las hienas son valientes en las tinieblas.

Tres de nuestros emires, Kheir Eddin, Yahyá Abad y Tadj Ebn El Amr, cayeron los primeros. Cuando los leones combaten, los jefes de la manada se exponen desde el principio.

Hicham, el Réprobo, cortó sus cabezas, y su pueblo pudo insultarlos a la mañana siguiente.

Sin embargo Dios quiso que sucediera: como la multitud lo exigía, las cabezas de los emires fueron plantadas, muy lejos una de otra, sobre tres almenas de los muros de la ciudad.

La chusma deliraba de alegría. Los más exaltados coreaban el nombre del Réprobo...

Por fin apareció sobre el adarve, y respondió a las aclamaciones.

Entonces, los sacerdotes de Tamah le reclamaron la cabeza de Kheir Eddin, el héroe de la batalla. La habían colocado al oriente de la ciudad y ellos estaban reunidos ante la

Puerta del Atardecer. Hicham se apresuró para echarles la cabeza, pero quedó boquiabierto de estupor: ¡un águila se la llevaba por el cielo!

CANCIÓN

Hace tiempo vi el mar. Subía hasta el horizonte como un césped florido de tulipanes blancos, que eran las velas. Un fuerte viento había deshojado los tulipanes, y sus pétalos se deslizaban rápidos, hinchados como tus pechos.

Hace tiempo vi el mar. Era fogoso como tu amor, y engullía a los pescadores de sueños. Sobre el mar de tu amor me embarqué hace tiempo y, si he podido volver al puerto, ha sido por que no te amaba.

ARENA

Imagina los miles de años que han hecho falta para que la lluvia, el viento, los ríos y la mar hiciesen, de una roca, esta arena con la que juegas.

Imagina los miles de seres que han hecho falta para que tus labios ardan con mis besos.

LA PRÓXIMA AURORA

Dentro de unos días volveré a verte. No puedo creer que ya se esté fraguando esa aurora. Dentro de unos días oiré tu voz, y beberé de tu boca el agua que me haga olvidar la sed que he soportado.

Fui como el cordero que ha perdido a su madre. Fui como la mariposa que no encuentra la única flor cuyo jugo la alimenta.

Sin cesar pronuncio tu nombre el del hijo que me has dado. ¿Como puede contener tanto amor el corazón de un hombre?

Tú me esperarás en nuestro jardín, cuando estalle la hora en que los frutos son más dorados. Mi hijo dormirá. Antes que nada, iremos a besar a nuestro amor vivo en los labios.

LOS JARDINES DE OUALATA

Cuando esté la Luna en el cielo, te hablaré de los jardines de Oualata. Mientras tanto, ¡que Moktar vierta agua fresca en nuestras tazas, y que anime a los músicos!

¿Dices que ya está la Luna en el cielo? Te hablaré de los jardines de Oualata...

Están más allá del mar, en El Gazaír, la tierra sedienta. Como tú pones un ramillete entre los pechos de tu amada, así Dios puso esos jardines entre las dos colinas de M'zara.

Arroyos melodiosos los atraviesan y sus aguas tienen los reflejos que tornasolan el pecho de las torcaces. Pasean bellas muchachas, cuyos pechos tienen la redondez de las granadas.

Dios, queriéndose construir una mezquita, puso allí esos jardines, con las palmeras alineadas, que son sus columnas; con sus naranjos, que son lámparas de oro; con su arena, que es una alfombra inmaculada.

Hay que ir a sentarse en esos jardines cuando el amor reside en nuestros corazones como la luna en el cielo.

Una noche que el amor estaba en mi corazón, respiré los perfumes de los jardines de Oualata.

¡Qué recuerdo! ¡Qué nostalgia! Ella decía: “Me has traído lejos de mi casa... Ahora, estoy junto a ti como una gacela extenuada. Me das a beber tus besos y ese brebaje contribuye a mi fiebre. ¿Es tan implacable el amor?”

Solo se oía el suave susurro de las aguas. Me quedé en silencio, sentado, junto a ella, sobre la arena plateada de luna.

Sus párpados bajaron sobre sus ojos como la noche desciende sobre el mar, y sus manos se soltaron como se abren las rosas. Bajo las grandes palmeras inmóviles flotaban olores embriagadores.

Mordí el rubí d su boca y las perlas de sus dientes. Solté su pelo y herí sus pechos.

Para mi cuerpo apuñalado de amor, la Luna ya no derramaba su leche pacificadora.

TUS DIEZ CARAS

Te conozco diez caras; cada vez es otra mujer la que me mira y me sonríe.

Según como te coloque el pelo sobre la frente, según como me acerque o me aleje de tus ojos, es otra mujer la que se tiende sobre mi alfombra.

A veces te acurrucas en mi hombro, como una niña desconsolada. Entonces, tus gemidos entrecortados me perturban más que todas las palabras de amor.

A veces, rígida y feroz, disfrutas rechazándome. Entonces, tus gestos crueles me perturban más que todas las caricias.

A veces, inclinada sobre mi boca, murmuras palabras de amor sincero, pero estas palabras me perturban menos que tu silencio cuando te busco tus diez caras.

MEZQUITA

Recuerdo aquella mañana en Damasco y el silencio del jardín en el que dormitabas.
La sombra de tu cuello era azul. Tus pechos subían y bajaban con el ritmo de una fuente. Tus brazos, abandonados, eran dos arroyos de plata sobre la hierba y, tomándolas por rosas, las mariposas se posaban en tus uñas.
En aquel momento, en los jardines del Paraíso, ¿mi padre contemplaría vírgenes más espléndidas?
Me tendí a tu lado, como un mendigo al pie de una mezquita.

ADORMIDERA

Un día, Nazli fue en busca de un viejo y le preguntó:

–¿Qué es el amor?

El viejo respondió:

–Mira esa adormidera... Ayer se abrió. Hoy se está deshojando. Mañana no quedará de su belleza más que una cápsula repleta de granos venenosos. Así es el amor.

Muy decepcionada, la joven se alejó. Al día siguiente, en una farmacia, se fijó en un hombre que aplastaba granos de adormidera

–¡Miserable! –gritó Nazli–. ¿Para qué desgraciado preparas ese brebaje?

El otro se echó a reír.

–Estos granos, pequeña, esconden algo más que veneno. De ellos extraigo un aceite delicioso, pero hay que saber contenerse...

RESIGNACIÓN

Mientras te estaba hablando, la sombra de una flor de magnolia se puso sobre tus rodillas. ¡Era tan pesada que no me escuchabas! La mecías como mecerías al niño que hubiera nacido de nuestro amor, si hubiéramos podido amarnos.

Y yo te miraba meciendo la sombra de esa flor inmensa.

ODA

Como el herrero forja los sables con solo las brasas de la fragua, yo forjo las palabras de este poema con la luz del sol de Dios.

No es conveniente que palabras que se dirigen a guerreros salgan de una estancia perfumada por la presencia de una mujer.

También escribo para vosotros esta oda en la claridad de la aurora, sobre una colina en la que ninguna flor me ofrece su hechizo.

Todavía estoy temblando, porque he visto en el horizonte un rutilante emblema: ¡El escudo del Sol!

Prosternados a esta hora para la oración segunda, dejáis a vuestras almas abrevar en la fuente Selsebil... ¡Mirad! ¡En dirección a la ciudad sagrada, palpitán en el cielo sedas tan suntuosas como las tapicerías de la Tumba!

La mano de Dios, que clavó las estrellas en el firmamento, alza hacia el cenit al astro deslumbrante.

¡Mirad! Seguirá subiendo hasta el instante en que sus rayos hayan aniquilado las sombras.

¡Guerreros, que vuestras armas sean, como él, rápidas e implacables! ¡Luchad solo por la victoria, no por la recompensa!

A los que caigan en la senda del Señor, el Señor les hará despertar bajo las sombras de los Ocho Jardines.

Él os ha confiado su espada, y vosotros os habéis alejado cantando... Si no oímos más vuestros himnos, que el recuerdo que guardamos de sus acentos nos ayude a seguir vuestra marcha en la luz del Sol de Dios.

VIAJE NOCTURNO

Iba atravesando los jardines bañados de luna.

No percibía el olor de las rosas y los jazmines, porque todos los perfumes habían quedado contigo.

Los ruiseñores se callaban, ninguna niña cantaba, pero me parecía que el ruido del día continuaba, porque todo el silencio había quedado contigo.

Maldije tus labios, que no se posaron sobre los míos más que por hastío, como los pájaros sobre las ramas. Maldije tu cuerpo espléndido, que yo, de rodillas, había abrazado.

Me había sentado. Mi galgo apoyó su cabeza en mi hombro y me di cuenta de que mi corazón no solo contenía tu amor.

Enseguida las rosas perfumaron y los jardines quedaron en silencio.

SOUDJOUD

- ¿Hasta cuando seguirás sin querer mirarme, oh clavel encendido?
- ¿Acaso eres el Sol, para pretender que gire a tu alrededor?
- ¿Y si, harto de tu crueldad, yo escalase el muro de tu morada, para estrangularte?
- Te dejaría besar mi cuello perfumado, para escucharte gemir de amor.

ALLAH IECHFIK

Dormía yo apaciblemente cuando una mujer, la más bella entre todas, vino a desvelarme.

Me levanté, y no me tambaleé bajo la carga de mi dicha.

Me levanté para sacar a Halima fuera de este mundo cruel, pero ella se sentó.

Le preguntaba... Ella no me respondía. Cubrí de besos sus manos cálidas... Ella las alejaba de mis labios.

Había encendido mi corazón y disfrutaba viéndolo arder.

Me fui, escondiendo mi amor en los más hondo de mis entrañas. ¡Y ella no me llamó!

Y corrí tanto, que si ella me llamase ahora, ya no podría oír su voz.

LAS JÓVENES

Las jóvenes, que charlaban alrededor de la cisterna, me pidieron que les hiciese un poema. Esperaban, sonrientes y socarronas. El tiempo pasaba, e improvisé un poema sobre las jóvenes. ¿Podía haber encontrado un tema mejor? Como ellas me felicitaron, grabé aquel poema en mi memoria, para poder repetíroslo.

“Oh, jóvenes sonrientes, ¿acaso mi corazón no es semejante a esta cisterna?

¡Tantas jóvenes han saciado aquí su sed, tantas jóvenes lo han agotado!

Al principio tan solo querían jugar...

Porque la onda de mi corazón era transparente y se miraban en ella sin prisa.

Luego, volvían con los rostros graves, con miradas entregadas,
con sus palmas en forma de copa.

Y porque la onda de mi corazón ya no era límpida,
ellas no reconocían sus rostros, pero sus palmas seguían en forma de copas.

Y es que ¡oh sonrientes jóvenes!, la gacela sedienta no oye más que a su sed.”

BASTA CON QUE TÚ CANTES

Todos los días puedes encontrar a Yemah sentada detrás de su pequeña cesta, bajo los soportales de la plaza Mulid-el-Nabi. Vende cerezas y albaricoques.

Todos los días puedes ver la sonrisa de Yemah. Basta con que cantes, cuando pases ante ella, esta canción de los jardineros de Hedyaz:

“Las cerezas ya no están todas en el cerezo,

porque tu boca es una cereza.

Los frutos del albaricoque no están todos en el árbol,

porque tus pechos se hinchan tras tu vestido.

Sé amable con los mirlos golosos,

porque si no, irán por ahí

contando que tu boca no es más que una cereza

y que tus pechos son albaricoques verdes.”

EL CHACAL Y EL ERIZO

Un chacal se encontró con un erizo que bajaba a duras penas la pendiente de una colina pedregosa.

–¡Salud, hermano! –le dijo el chacal con tono de burla– ¿Adónde vas con ese andar tan gallardo?

–No voy lejos... –respondió el erizo–. Voy a ese jardín que puedes ver ahí, debajo de esta colina.

–Te acompaño –decidió el chacal–, siempre que no vayas demasiado deprisa...

–¿Y si llegase yo el primero al jardín...? –preguntó el erizo.

El chacal miró por encima del hombro al insolente.

–Si me adelantas, te prometo que todas las noches iré a llevarte la cena.

–¿Vamos? –dijo el erizo.

No hizo más que decir esta palabra, cuando se hizo una bola y se dejó rodar por la pendiente.

Cuando el chacal se lanzó a correr, el erizo, saltando de piedra en piedra, ya había llegado al jardín.

–Te libero de tu promesa, hermano –le dijo al chacal cuando éste llegó, sin aliento.

EL H'AL A'DHIM

En mi ventana, un ciprés y el mar.
Un espejo azul, del que el ciprés es el mango.

EL CELOSO

“¡Alerta! ¡Quitad las caperuzas a los halcones, soltad los galgos, haced sonar los platillos!

¡En pie, mujeres! Yo sabré sacaros de vuestro sueño hipócrita...

¡Alerta, Yadoun, Rahman! ¡Más deprisa! ¡Preparad mis armas, embridad mis caballos!

Tú, Yadoun, a tu montura... y ve a avisar a su padre de que quemaré sus cosechas
si ella no vuelve a estar en mi morada antes de que el sol se ponga...

¡Miriam se fue mientras yo dormía!

¡Se fue, la impudica, con otro hombre!

¡Quitad las caperuzas a los halcones, soltad los galgos, haced sonar los platillos!

¡Que el ángel negro se alce ante ellos!

¿Qué hechizo encontrar para que los halcones los alcancen y les saquen los ojos,
para que los perros salten a las narices de sus mensajeros?

Por Nakir, que derramaré su sangre...

Les haré azotar con cactus, delante de la mezquita, a la hora de la tercera plegaria.

¡Más deprisa! ¡Quitad las caperuzas a los halcones, soltad los galgos...!”

Así vociferaba Abdel Bekri,

mientras las mujeres lloraban, arrodilladas,

mientras los halcones daban vueltas en pleno cielo buscando su ruta,
mientras Miriam, acurrucada en el jardín, bajo un laurel,
cuidaba a un pequeño ruiseñor caído de una rama.

NEDYEH

Para las tres muchachas que se paseaban por mi jardín, cogí tres rosas.

La maliciosa Nedyeh llegó y me dijo:

–Has cogido tres rosas... Ven a mostrarme, en tu jardín, cuál es tu preferida, la que no ofrecerías a nadie.

Disimuladamente, le alcancé un espejo.

OTROS AMORES

Ellas aman del mismo modo la sombra narcótica de los terebintos, la luz cegadora que amarillea el césped, la blanca claridad de la luna y las tinieblas de las habitaciones.

Ellas se entienden sin palabras, se comprometen sin juramentos, y sus frenesíos son sosegados.

¡Un poema, más embriagador que una sentencia de Imr El Kais, está escrito desde ahora en la alfombra donde vuestros cuerpos se retorcían entonces, Yazida y Zaira!

No será el aroma que exhalaban vuestras melenas revueltas, ni los rastros de vuestro sudor,

lo que yo busque por la alfombra cada vez que me obsesione el misterio de vuestro amor.

Pero en ella leeré que Yazida, agotada e impaciente, extendió de repente hacia mí sus brazos convulsos.

LA INDIFERENTE

El árbol de su cuerpo tiene dos orgullosos frutos. Desde que yo probé esos frutos, no he vuelto a conocer la calma.

¡Oh, Malek, si algún día debes recibirme en las sombrías cavernas donde presides los tormentos de los condenados, no me obligues a comer los amargos frutos del *zakhoum*, porque yo haya acariciado los pechos de Jadiya!

Más firmes y más blancos que granadas nevadas, más templados que huevos de avestruz escondidos en la arena, han madurado en la noche de su vestido.

Quisiera tener la sabiduría de Salomón... Me diría que sus violetas pronto se marchitarán, y sabría consolarme de la indiferencia de Jadiya.

EL ASTRÓNOMO

Brahim, el astrónomo, es un gran sabio.

Sabe hacia qué punto del cielo se dirige un cometa, pero ignora en qué lugar, cada tarde, su esposa se cita con su amante.

EL COLLAR

Sin duda, a Zeinab le gustará ese collar que tú le mandas. Pero sus perlas darán frío a su cuello, y tal vez le hieran.

Yo también tengo una hija, que dejé en el país del Sol. Cuando la dejé, le hice un collar de besos.

¡Cada perla era una lágrima!

PRIMAVERA EN EL MAR

Una mañana vi la primavera en el mar.

Las olas eran una alfombra de lirios donde se posaban grandes pájaros blancos, como los pétalos de la flor del almendro.

TRUEQUE

¿Me propones cambiar mi jardín por el que tu pretendes poseer en el Paraíso, entre el camino de la Felicidad y el césped de la Eterna Aurora?

Estoy de acuerdo, siempre que me dejes llevarme una de mis macetas de claveles.

WADI

Al salir de la montaña, donde ha abierto un camino, el *wadi* se encuentra con una pared infranqueable. Y el torrente rueda al asalto del granito. Es el desafío del movimiento a lo inmutable, de lo líquido a lo sólido, de la hembra al macho.

–¡Te disolveré en mis abrazos –dijo el agua a la roca–. Te trituraré con mis dientes y con mis uñas!

Ella acaricia, lame, muerde. Su cólera se resuelve en ladridos. Espuma pulverizada. Al final, abandona, despechada, sumisa, para retorcerse como una culebra al sol y volver a la escalada.

Sueño con los sabios de Yebel Anuar, cuya morada domina una cumbre. Ellos son la muralla contra la que viene a romper el río de las tentaciones.

Cuando la noche se apacigua alrededor de su risco, ¿ven ellos a la mujer demoníaca que les atrae y que, para vencer su resistencia, se acuesta, arquea su espalda y, con sus brazos lujuriosos aprisiona la soledad en la que se entristece su orgullo?

EL ESTANDARTE

En el estandarte está la salud.

¡Agrupaos bajo su media luna y que los sables blandidos sean un bosque destellante!

En el estandarte está la salud.

Desde los tiempos de Iathreb, vuestros abuelos han agitado su seda verde sobre el pecho de la Tierra.

¿Os abandonaréis vosotros a las delicias de estas tierras? ¿Dejaréis vuestro estandarte en las sombras de la mezquita? Sabed que Dios está con los que le temen. No digáis: “¡Somos pocos y nuestros brazos están cansados!”. El señor no abandona jamás a sus hijos.

¡Acordaos de la derrota del rey Abraha, cuyo ejército, grande como un océano, asediaba La Meca!

En el estandarte está la salud.

LA SONRISA DE LOS MUERTOS

No os dé apuro contestar a los infieles cuando os pregunten sobre nuestro Paraíso.
No os contentéis con decirles que Mahoma –que la Paz sea con él– es el enviado de
Dios y que la verdad está en el Libro.
No intentéis describirles el verdor de los jardines del cielo ni la belleza de las vírgenes
que se agrupan alrededor de los Elegidos...
Habladles de la sonrisa extasiada de los muertos, que ya ven esas *cosas*.

LOS PERSAS

En esta región, los lechos de los torrentes están tapizados con tantas violetas, que parece que el agua fresca de la montaña corre siempre por ellos, y los ojos claros de las mujeres están tan cargados de enigmas, que nunca se sabe si su corazón os ha respondido.

JARDÍN EN EL OASIS

Una mañana parecida a esta, yo te hubiera esperado en mi jardín de Yem'yat.
En su bóveda de rosales y de geranios nunca penetran los rayos del sol. Ningún pájaro
puede colarse entre las palmas que lo rodean.
Es el cáliz inviolable del oasis. Es su corazón silencioso.
Para tí, hubiera puesto a refrescar, entre los narcisos del arroyo, las últimas granadas y
las primeras uvas...
Y hubiera cubierto la hierba del suelo con todas mis glicinias.

VOLUPTUOSA

Ella acababa de bailar la danza más voluptuosa: la de los cuatro encantamientos. Con los brazos horizontales y la cabeza vuelta, en toda su turbadora desnudez, había expresado con sus gestos los últimos escalofríos del amor. Los flautistas, agrupados tras ella, acababan de interpretar el himno nupcial de las muchachas de su país. Sin esperar a que su compañera extendiese sobre sus hombros el velo amarillo de las vírgenes, se sentó al lado de un estanque donde nadaban rosas, y apoyó su ardorosa frente sobre el mármol helado. Antes de mi partida, al felicitarla, le pregunté si era voluptuosa. Ella me miró, sorprendida: ignoraba el sentido de esa palabra.

EL PADRE

Nuestro gran sultán –¡que Dios esté satisfecho con él!– se ha dignado conceder a mi esposa el honor de amamantar a su hija. Yo soy el severo guardián de las dos fuentes en las que sacia su sed nuestra pequeña gacela, y no os permito que os acerquéis a los dominios que perfuman ese lirio del Paraíso.

Cuando Zina dormita sobre mis rodillas, yo soy como un cerezo nudoso al que la primavera no hubiera otorgado más que una sola flor. Cuando me sonríe, no siento el peso de los pecados cometidos, que me han oscurecido el rostro.

A veces la oculto bajo mi manto. Entonces soy como la ostra que esconde una perla. Los que pasan dicen: “¿Qué lleva con tanto cuidado?”. Unos creen que es una golosina, otros piensan que un saco de oro, y algunos hablan de un poema de amor...

Todos tienen razón, porque Zina es para mí un pastel de miel, un tesoro inestimable, una casida embriagadora.

EL RIVAL

La primavera ha llegado, cargada de flores, de frutas, de joyas y de licores. Pero te ha visto entre nosotros; ha visto las rosas de tus mejillas, las granadas de tu garganta, los diamantes de tus ojos, tus labios húmedos del néctar que destila tu boca, y ha dejado caer su fardo con decepción...

¡Permita que se quede la primavera! La luna no se ofende por la cercanía de la estrella Maham... La flor maravillosa del Okuan se digna desplegar sus pétalos al lado de la humilde albahaca...

Estamos sentados en torno a ti. Nada debes temer de este rival que te contempla celosamente.

LOS PÁJAROS DE LA MEZQUITA

Son los huéspedes turbulentos del Señor. Y el Señor, que los ama, les permite mirar al *mirhab* cuando cantan sus alabanzas.

En las cinceladuras de las bóvedas, en las flores de mármol de las columnas, en las lámparas abandonadas, se ven sus nidos blancos y frágiles.

En la época de los amores, recogen furtivamente todas las briznas de lana y de seda que caen sobre las alfombras. Para sus nidos, la lana del manto del pobre es tan preciosa como la seda del manto del rico.

Los estudiantes comparten con ellos su comida. Pero no prefieren en absoluto la migas de *taza* al grano de arroz.

Cuando Bakir lee el Corán, los pájaros de Dios le comentan, y nosotros pensamos en los ocho jardines.

ESCUCHA...

Su nombre tiene el contorno de una voluta de perfume. Se enrolla y se enlaza en las almas, como un jazmín se enlaza a un avellano. Es una danza y un canto. Ondeal y se despliega, como una cabellera al viento, como una llama sobre un mascarón de proa. Se le recuerda como a un rostro, como al murmullo de una fuente. ¿Qué nombre es ese?
Daulah.

SULTANA DEL AMOR

He visto sus ojos, y mi vida está iluminada para siempre.

He oído su voz, y ya no puedo escuchar otra música.

He respirado su perfume, y ya no puedo inclinarme sobre las rosas.

A UN AMIGO

Si has dormido en el oasis, compara su perfume al olor que sube de los jardines antes del alba.

Si nunca has visto el rosa extenuado del sol, no hables del estallido de sus mejillas.

Si nunca has visto un lirio regado por la luna, no hables de la blancura de sus piernas.

Si has dejado deshacerse en la boca un racimo tibio de uvas, evoca el gusto de su boca en un beso.

Si, en el desierto, por la noche, has creído oír alguna vez la música de las constelaciones, compara a esta armonía la música de su voz.

Si nunca has llorado por amor, no intentes conocer a la que me ama.

NOCHE SECRETA

Cuando mi bien amada se me aparezca, la noche de bodas, quiero que venga con un vestido verde como el estandarte del Profeta.

Que las mujeres no cubran las acequias con flores y palmas, porque quiero ver si el mármol no se estremece bajo sus pies.

Cuando mi bien amada se me aparezca, la noche de bodas, quiero que paren el curso del agua del patio, para que pueda oír mejor el himno de mi corazón.

Cuando mi bien amada me abra los brazos, que las mujeres se lleven todas las lámparas,
¡Yo estaré todavía turbado!

VENCIDO

Solo quiero asesinarte a caricias. No tengo otro deseo.

Solo quiero oír el mar en el hueco de tus manos, y luego ponerlas sobre mis ojos, para que sea de noche.

Solo quiero emborracharme de nostalgia aguantando tu mirada.

Solo quiero oír tu voz, que me recuerda las voces de las mujeres de mi país.

Solo quiero acariciar en tu cuerpo recuerdos y penas.

Y si beso tus labios, me sabrá amargo su jugo.

Pero he besado tus labios y su jugo me ha embriagado. He acariciado tu cuerpo y mi mano temblaba. He escuchado tu voz, y las voces de las mujeres de mi país no eran más que una música extraña. He querido aguantar tu mirada y he tenido que bajar los ojos. He escuchado el mar en el hueco de tus manos y me he ahogado en ese océano.

UN ROSTRO CABIZBAJO

Quédate así, suspendida hacia tu corazón. Tus párpados son dos pétalos de clemátide azul, y tu boca es una larga frambuesa.

Quédate así. Un mechón de tu pelo cuelga sobre tu frente, como una golondrina domesticada que se posara sobre un cofre de marfil, y no sé si esa polvareda roja es el rubor de tu mejilla.

La clemátide se ha cerrado: ¿por qué me has mirado? La golondrina se ha echado a volar: ¿por qué te has recogido el mechón? La frambuesa se ha roto: ¿por qué me has sonreído?

FUENTE DE LAS GACELAS

Solo vienen a beber al caer la tarde. Una a una, surgen inquietas de la sombra y buscan el jirón de cielo que se refleja en la pila.

De esa forma esperas tú la noche para entrar en mi morada, y, antes de besar mis labios, intentas encontrar en mis ojos el hechizo de mi alma.

ESTRELLA DEL ANOCHECER

No estés celosa de las mujeres que he celebrado en mis versos, ya que yo ignoraba lo que era el amor antes de conocerte.

Hay que haber viajado mucho para apreciar las delicias de la tierra en la que uno ha decidido construir su morada.

Hay que haber sufrido mucho para apreciar la paz que se ha encontrado.

¡Mi lámpara de oro! ¡Estrella del anochecer de mi vida!

Tu cuerpo es un rayo de *majoún*, esa pasta de miel y hachís. Ya no sembraré más trigo. Llenaré mi pozo, porque en adelante no quiero otro alimento que ese *majoún*, ni otra bebida que el agua de tu boca.

Tu cuerpo será mi mezquita. Las plegarias que yo cante humillarán a las de los muecines de Bagdad.

PLEGARIA DE LA MADRUGADA (JADJA)

A la claridad de luna que declina, te contemplo. Duermes, sonriendo en tu felicidad. Un viento suave sopla entre los olivos, como un escalofrío del gran misterio que hace solemne a la noche.

Esta es la hora en la que una fuerza misteriosa me despertaba, cuando estaba lejos de ti. Entonces, salía de mi morada, iba a sentarme bajo las estrellas y buscaba la constelación que brilla sobre tu jardín. La contemplaba y me parecía que no tenía que hablar para que me oyeras.

Esta es la hora en la que, todas las noches, contemplo las dos estrellas Fergad. Les he dado tu nombre y el mío. ¡Haga Dios que nosotros nos amemos con el mismo fuego que ellas proyectan!

PLEGARIA DE LA AURORA (S'BAH)

¡Despierta! La aurora ha encendido la noche, de la que no queda más que un poco de ceniza azul. La arena está fresca como una alfombra de jazmines y el aire es más transparente que una gota de agua de nieve. ¿Qué es lo que hay ahí? ¿Es una gacela saltando o una gran flor que intenta acercarse al sol? Va a traspasar con sus flechas el cáliz de la fuente y el corazón del amante infortunado.

Estoy de pie a la luz. Desafío al sol a que me ciegue, porque yo no bajo los ojos cuando tú me miras.

¡Despierta! Este perfume, que el viento transporta, no es el de los naranjos, sino el aliento del adolescente radiante que blande su escudo al cielo.

¡Ven! Son contadas las auroras que nos quedan por ver, y es eterna la noche de la tumba.

Quiero contemplarte, estremecedora y desnuda, a esta luz en la que tu cuerpo, estriado de venas azuladas, brillará como un sable damasquinado.

Respiraré sobre tu garganta el olor del rocío que la regaba durante nuestras luchas amorosas, y este aroma inundará de tal forma la brisa, que los pastores se preguntarán si ha atravesado los jardines del Paraíso.

PLEGARIA DEL MEDIODÍA (DOUR)

Tu mano fresca sobre mi frente, tu melena sobre mi pecho y tu canción, que habla de las cascadas del Líbano...

PLEGARIA DE LAS TRES (ASR)

Yo espiaba esa sonrisa y esa mirada sorprendida que tienes cuando emerges del sueño,
¡oh, mi amada secreta!

¡Cómo he esperado!

El viento dispersa la bruma de calor que ahogaba el cielo y el desierto...

Es la hora en que las caravanas se ponen en camino.

Tu cuerpo tiene la curvatura de un oasis.

PLEGARIA DE LA PUESTA DE SOL (MOGHREB)

Fatigado, el sol se va a dormir tras las dunas.

El simún del amor hace saltar mi sangre en torbellinos de llamas que nunca se apagarán,
porque Dios ha querido que iluminen el camino de los amantes.

Y la noche no mancillará nuestros sueños.

CONFIANZA

Dejad que sus enamorados ronden alrededor de mi amada...

¿Podéis impedir que las moscas vuelen alrededor de un pastel de miel?

Dejad que sus enamorados la ronden, pero animadles a que caven sus tumbas, porque no hay remedio que cure las heridas que producen los ojos de Yamina.

EL VELO

Para dormir, ella se envolvió en este velo en el que un artista había bordado las frutas del otoño.

Racimos de uvas la arropaban entera, y yo pensaba en los navíos que llevan por el río los tesoros de nuestros vergeles.

FELICIDAD

Aquella noche, tú mirabas el cielo cuajado de estrellas. Decías: “Pienso en los jardines de Damasco, que tienen flores mucho más hermosas...”.

Sentado a la sombra, yo acariciaba tus piernas, que humillaban al claro de luna.

ESTANCIAS

Muchas veces he oído, impasible, el chocar de las flechas y de los sables sobre mi casco y mi cota de malla, pero no puedo oír el leve roce de su falda sin estremecerme.

Muchas veces, en medio del fragor de la batalla, he oído con indiferencia las trompetas del enemigo, pero no puedo oír la música de sus cantos sin echarme a llorar.

Muchas veces he taponado con mano firme la sangre de mis heridas, pero no puedo mirar la roja flor de sus labios sin ponerme a temblar.

Muchas veces he desafiado a temibles luchadores sin perder la sonrisa, pero en todo mi cuerpo se detiene la vida cuando ella me abre sus brazos en la oscuridad.

DAR ESLAM

Yo le nombraba las constelaciones nacientes:

—Ahí están ahora Aldebarán, las Náyades, la Melena de Fátima y el Cisne, que vigila la Vía Láctea.

Djohar se había levantado... Brillaba por encima de mi morada, la noche de nuestro primer beso. Ahora había vuelto. Dijo:

—Son las huellas que dejan mis ojos allí donde se posan. Cuando yo te miro también hay miles de estrellas en tu corazón.

Su cuerpo perfumaba la noche como una alfombra de flores cuajadas de miel.

LLUVIA SOBRE LAS ROSAS

Cae una gota y luego otra. Es la primera lluvia sobre las primeras rosas.
Al principio se estremecen, entristecidas. Pero, enseguida, sus colores se avivan y su
perfume se hace más delicioso.
Son tus primeras lágrimas por nuestro amor.

EL POLVO DEL CHORRO DE AGUA

Brota de un estanque cubierto de nenúfares y su pendón irisado reúne en su torno a las palomas.

A veces, el viento le arranca un polvo fresco que llega en torbellino hasta nuestro banco.

Solo entonces hago escuchar a mi amada mis eternos reproches.

Y si mi amada viene a secarse los ojos, maldigo el polvo del chorro de agua.

SHEILA

Sheila miraba alejarse la caravana que llevaba a los buhoneros. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Ya volverán —le dije—. Entonces, sin duda, serás rica y los comerciantes todavía tendrán collares y brazaletes.

—No pienso en collares ni en brazaletes —me respondió Sheila—, sino en los besos que me ha dado un joven de la caravana.

—Cuando vuelvan —le dije otra vez—, habrá otros jóvenes que hayan besado tus labios y se hayan ido. No le pidas al amor que dure más que el placer. Ama sin pensar en mañana, porque el mañana se esconde detrás de un velo en el que los amantes dichosos no ven más que el color de la aurora.

—Entonces —dijo Sheila—, ¿es cierto que esa mujer te ha abandonado? Ya lo había oído contar...

DUDA

Mi pensamiento va sin cesar a ti, y la duda me tortura.

Si pudiera estrecharte entre mis brazos, ¡como desaparecería mi inquietud!

Todo lo que me has dado, ¿se lo das ahora a otro? Todo lo que yo he tomado de ti, ¿lo toma otro ahora?

Durante una noche entera, ¿me has dejado creer en la felicidad, sólo porque mis caricias se confundían para ti con las caricias del viento, y mis palabras de amor con los murmullos de los árboles?

Me juraste por el día de la Resurrección que ningún hombre había besado tus labios. El Señor te oyó, y yo quedé henchido de gozo.

Pero olvidé hacerte jurar que ningún hombre te había hablado de amor.

¿Acaso no hay palabras de amor más embriagadoras que los besos?

Mi pensamiento va sin cesar a ti, y la duda me tortura.

Nos sepáramos demasiado pronto. Yo no intenté retenerte porque mi felicidad me hizo confiado.

Recuerdo nuestro primer paseo. Tu hermana pequeña nos precedía, ágil cabritilla entre las matas de *kiloubs*.

Era necesario que nos volviésemos a encontrar... Te he dicho por qué no había querido volver a verte.

Me juraste por el día de la Resurrección que nunca pertenecerías a otro.

¡Ah, cómo me gustaría saber si Dios sonreía...!

MEDITACIÓN

La tribu misteriosa ha establecido su campamento lejos del verde cinturón con que los jardines rodean nuestra ciudad.

El agua copiosa y helada de las fuentes, los senderos umbríos, no tienen ningún atractivo para estos nómadas.

¿Acaso temen sufrir un encantamiento que les haga olvidar el fin de su éxodo?

Beben el agua infecta de una charca, desdeñan los frutos que les enviamos y sus muchachos vuelven la cara cuando pasan nuestras hijas.

¿Debemos despreciar, como estos viajeros, lo superfluo de este mundo?

Algunos dicen: “ La ruta es larga hasta la muerte, y nadie conoce su destino. El que duerme hoy sobre una alfombra de cien dinares, mañana no tendrá una piedra sobre la que colocar su cabeza. El que se baña hoy en un estanque de mármol, tal vez mañana no posea ni una escudilla. El que hoy acaricia a una mujer querida, mañana tal vez sea abandonado”.

Otros dicen: “El que se acuesta hoy en una alfombra de cien dinares duerme a veces con sueño menos profundo que el camellero cuya cabeza reposa sobre un banco de madera. El que se deleita en un estanque de mármol nunca conocerá la alegría del mendigo que

se encuentra una escudilla. El que acaricia a una mujer querida ignora la emoción de esperar el regreso de una infiel”.

Está escrito en el Libro: “Dios ha creado para ti todo lo que hay sobre la tierra”. Y yo disfruto sin remordimiento de los bienes de este mundo, y solo le pido al Señor que haga que regrese mi amada.

SOLEDAD

La espero, como todos los días. ¿Volverá?

Pienso en la tarde del adiós, en el sonido de la puerta que cerró sin cólera, en el silencio que quedó en mi alma.

La espero, como todos los días. ¿Volverá?

Entraría diciendo, por decir algo: “Pasaba por delante de tu morada, y vengo a ver si las rosas no han sufrido este invierno...”.

Luego sonreiría a mi pequeño jardín, al horizonte tranquilo, y sé bien que nunca volvería a marcharse.

LA OTRA

Mi mano había recorrido su cuerpo. Ella se había dormido.
Yo la miraba. Sin embargo, mi pensamiento se dirigía a otra.
Su mano sí sabría dormirme, ¡y tengo tanto sueño...!

SI ADIVINÁIS, ENTONCES...

Conozco las palabras que pueden ensombrecer vuestros ojos risueños, conozco las palabras que pueden volveros mudas y soñadoras, vosotras que amáis o que habéis amado.

Las pronuncio cuando habláis de la felicidad como de un amigo que jamás os abandonará.

Si adivináis, entonces, todo lo que yo he sufrido, sonreíd... Entonces tal vez crea que vuestros ojos se han ensombrecido porque lamentáis no haber podido iniciarme en la verdadera felicidad.

REGRESO

Al alba, penetré en el jardín adormecido para coger las primeras flores.

Y la primavera entró en mi morada.

Las corolas se abrieron como labios. Cantaron:

“¡Tu amada regresa! Ya lo sabíamos cuando, en las noches claras, no éramos más que capullos azotados por el cierzo. Las lágrimas de oro de las estrellas han ablandado al destino.

¡Tu amada regresa! Al recordar su gracia, ni nos dimos cuenta del invierno.

Para ella, nuestros tallos se desangran en los vasos y, felizmente, nos cerraremos para morir cuando ella nos reconozca y respire nuestro aire.

No echamos de menos el sol, porque recibiremos la caricia ardiente de sus ojos. No echamos de menos los vientos cargados de aromas, porque nos rozará su aliento.”

¡Ella entró, tan pálida en mi morada!

Nos callamos. Sin embargo, nuestras almas se preguntaban y se respondían.

Acodados en la ventana, en el crepúsculo de este día deseado, pensamos en todo lo que nos quedaba por sufrir.

RECUERDO ÚNICO

Hasta el momento en que mis ojos se cierren para siempre, agradeceré al Señor que haya permitido que semejante recuerdo haya encantado mi vida.

En el momento en que mis ojos se cierren para siempre, será tu nombre el que yo pronuncie, y el del jardín abandonado que fue para nosotros, durante dos noches, el más majestuoso del palacio.

Los bosquecillos del Paraíso no me harán olvidar, pobres árboles del jardín de Ekoum, que bajo vuestras ramas he gozado delicias que me hacían brotar las lágrimas. La suntuosa alfombra del césped sagrado será menos aterciopelada que vuestra hierba pelada sobre la que nos sentamos, jardín de Ekoum, y el gorjeo de la fuente Tasnim será menos melodioso que el manantial que se filtraba entre tus rocas...

Amada mía, ahora que me he ido, ¿volverás a sentarte en el jardín abandonado?
¿Cederás a la dulzura de ir a soñar con mi amor y con mi tristeza, si tú la presientes?

¡Una noche, como si yo estuviera allí, quédate desnuda, alegremente, bajo los árboles del jardín de Ekoum!

ESCLAVA

Diez veces la dejé. Diez veces volví. Ahora ella sabe que ya no me iré más.

Y, sin embargo, no la amo. Si ella muriera mañana, yo sería feliz, estaría liberado.

¿Habéis conocido esta tortura de sollozar sobre un cuerpo de mujer manchado por otras caricias? ¿Habéis conocido esta vergüenza de no poder arrancaros de una mujer porque su cuerpo es maravilloso?

Hoy la he golpeado. Como ella aún me desafiaba, rígida, transfigurada, con un resplandor tan hermoso en los ojos, me abalancé sobre su boca, como a matar, y nunca un beso fue tan delicioso.

Cuando la amenazo, ella se estira perezosamente. Cuando amenazo a sus amantes, ella se pone a cantar una canción de burla. Cuando hablo de matarme, ella se contenta con decir: “¿Quién cuidará tus rosas?”

Y yo vivo con mi vergüenza, esperando que su cuerpo incomparable se marchite como mis rosas.

... Y TAL VEZ CON UNA SONRISA

Sin embargo, yo envejeceré también. Llegará un día en que ya no me atreva a desnudarme ante una mujer, en que no me atreva a asomarme con una mujer al espejo de una fuente, como hago con ella cada vez que estamos desnudos.

Llegará un día en que las mujeres ya no se queden entre mis brazos para sentir las caricias de mis músculos al moverse. No aplastarán sus senos contra mi pecho, como sobre una coraza. No se maravillarán de mi cintura estrecha y de mis anchos hombros.

Llegará un día en que no llegue a un duelo a muerte, con los puños en las caderas, confiado en mi fuerza y en mi bravura. Llegará un día en que no vaya al duelo a muerte, por las mujeres.

Llegará un día en que me incline solo sobre el espejo de la fuente, y tal vez con una sonrisa.

SUS MANOS

La mañana de nuestro primer encuentro, fue la mano derecha de mi amada la que me envió en un saludo gracioso, su corazón y su boca.

La noche de nuestro primer encuentro, fue la mano izquierda de mi amada la que abrió su vestido para que mis besos se posasen sobre sus pechos.

Por eso, y por todo lo demás que aún les debo, cantaré a las manos de mi amada...

¡Dolor, oh, dolor! ¿Por qué te despiertas? Amigos, perdonadme que renuncie a seguir escribiendo este poema. Había olvidado que mi amada se fue, y que me sería imposible recordar otra cosa que sus manos sobre sus ojos llenos de lágrimas.

CONSUELO

Tal vez ya me hayas sustituido. Tal vez en este momento otro abrace tu cuerpo ondulado. Tal vez, si no me amabas, te embriagues ahora de la alegría de amar.

Pero yo tuve tu juventud. Te poseí cuando tú eras primavera, y no puedes reprocharme esta fortuna.

No jures que ningún hombre ha bebido tu aliento, por temor a cometer un pecado espantoso. Si tu amante te quiere, su corazón quedará herido por ello.

Tú me hiciste el juramento que siempre se pide. Entonces tú eras un jardín en el que nadie había penetrado...

Ojalá tu amante te ame más de lo que yo te amé, para que sufra aún más por lo irreparable.

ESTA ES LA HORA...

Esta es la hora en la que ella llegaba. Esta es la hora en la que mi habitación se convertía en el joyero de esta perla.

Y yo sentía cada vez el mismo vértigo.

¿Ahora, se seguirá diciendo ella que nadie podrá darle lo que nosotros tuvimos? ¿Se sigue diciendo que no puede durar tanta felicidad?

¡Verla, tan solo, o escucharla...! ¡Pasar hoy por donde ella pasó ayer y conocer a los que la han conocido!

Esta es la hora. Ella no consentía desnudarse hasta que yo iba a poner la lámpara sobre la *faskia* de la sala de al lado. Entonces, en el gran rayo rojo que brotaba de ese cuarto, ella parecía un sable en una vaina de oro transparente.

Acabo de traer la lámpara. La luz que ella amaba, la misma luz suave ilumina mi habitación. Contemplo los objetos que ella tocaba, la alfombra que ella hollaba.

Antes de acercarse a mí, se despeinaba con demora. Si la llamaba, echaba su melena al aire. Si intentaba traerla hacia mí, se escabullía bailando. Si yo hacía como que no la miraba, gemía por mi indiferencia.

¿Evocará ella alguna vez estos juegos, que siempre eran el preludio a nuestro abrazo?

Una rosa, en un jarro, perfuma tanto como en el rosal. Nuestro amor es una rosa cortada, cuyo perfume no quiere morir.

Para no sentir más su olor, la escondí en un cofre: sus paredes no eran lo bastante gruesas. La hundí en la arena: arraigó en ella y se convirtió en un rosal desmedido. La deshojé con rabia: ¡mis manos están perfumadas con ella para siempre!

AUSENTE

Por olvidar mi locura, me fui a la montaña. Pero el silencio de las llanuras me recordaba a otros silencios.

Por olvidar mi locura, me fui al mar. Pero su inmensidad me recordaba a mi amor.
Por morir de mi locura, volví a la casa en la que ella vivió.

SU NOMBRE

Si quereís saber el nombre de la que yo más he amado, intentad recordar el nombre de la que más me hizo sufrir.

Si os traiciona la memoria o si no habéis conocido a esta mujer, poned los labios como para dar un beso: así se pronuncia su nombre.

PENA

La alas de la noche se han cerrado sobre la Tierra. Las alas de tus párpados se han cerrado sobre tus ojos. Estás dormida.

Todavía no es el rocío lo que moja tu cuello. ¡Son mis lágrimas, porque pienso en la felicidad perdida!

¿Con qué caricias dormirá en esta hora?

HURACÁN

Los ataques del mismo viento dan al árbol más robusto una inclinación definitiva.
Como un árbol resiste las ráfagas, yo he resistido al dolor, pero me queda una tristeza de
la que solo ella me podría curar.

UNA MUCHACHA...

Una muchacha que volvía del río entonaba esta canción que tu cantabas tan a menudo.
La seguí sin poder reprimir las lágrimas.

¿No le basta al prisionero la voz líquida y patética de un ruiseñor para evocar las
delicias de los jardines por los que ya nunca paseará?

¡NO!

¿Para qué hablarme de ramajes bajo los cuales atenuar mi fiebre? Yo no puedo dormir si no es a la sombra de la pestañas de mi amada...

LA NOCHE

Tú, que la has visto, tú que has ido a suplicarla que me perdone y que vuelva otra vez, amigo mío, mi verdadero amigo, ¿qué hacía ella?

—Estaba sentada en el brocal del pozo, viendo beber a los rebaños.

—¿Qué le dijiste?

—Le he indicado tu morada, y le he dicho: “Él te espera”. Pero, enseguida bajó la cabeza y me habló de los rebaños.

—¿Le temblaba la voz?

—Hablabía tan bajo y los pastores hacían tanto ruido que apenas pude escuchar su voz.

—Cuando se calló, ¿miró hacia mi morada?

—Había llegado la noche, y ya no se veía tu casa.

INSCRIPCIÓN

Aquí descansa la que fue Daula. Murió la tercera noche de Djemazi-el-Akhir, que es el mes funesto para las flores.

La amábamos. Su boca era sabrosa.

Si su nombre te recuerda que tú la acariciaste, evoca también para ella una noche este antiguo placer, porque el descanso de los muertos está vacío de sueños.